

Parece que Huntington inició la costumbre entre los historiadores, de preocuparse por la historia del clima sólo como causa de desastres sociales.¹ Ciertamente, las sequías en nuestro país —recurrentes en toda su historia—, han tenido un impacto socioeconómico bien marcado como lo ha demostrado Enrique Florescano en diversos trabajos.² Pero para el francés Emmanuel Le Roy Ladurie las variaciones climáticas pueden ser un campo propio del historiador, sin aceptar necesariamente la hipótesis del determinismo geográfico de Huntington, y haciendo uso de técnicas que le son ajenas a los climatólogos y familiares a los historiadores.

De esa premisa desprende Le Roy su libro *Historia del clima desde el año mil* (primera edición francesa en dos tomos, 1983; primera edición en español, Fondo de Cultura Económica 1990; un tomo de 522 páginas), que no sólo propone una revisión de los enfoques —como ya fue señalado— sino también de los métodos de los historia-

dores del clima, haciendo en ocasiones comentarios por demás cáusticos:

“...El trabajo intelectual de tipo antropocéntrico, que consiste en considerar una vasta crisis humana de tipo secular, como la de la Edad Media, para encontrarle luego una explicación climática, no parece ser un hilo conductor válido. Una constatación de este tipo abarca algo más: el antropocentrismo ingenuo de los primeros historiadores del clima era, también, frecuentemente, un tipo de razonamiento en círculos viciosos. Huntington explicaba las migraciones de los mongoles por las fluctuaciones de las lluvias y de las presiones en las zonas áridas del Asia central. ¡Brooks,³ a su vez perseverante, establecía una curva de las precipitaciones en el centro asiático, basándose en las migraciones de los mongoles! El primero extrapolaba del barómetro a los mongoles. El segundo, peor aún, de los mongoles al barómetro. Doble petición de principio. Cuál de los dos gira más en redondo?...” (Le Roy, p. 28).

Antes de comentar lo novedoso de la obra del francés en cuanto a método, debemos recordar que los instrumentos meteorológicos se inventan a partir del siglo XVI, y que es hasta la segunda mitad del XIX cuando se instauran los primeros organismos meteorológicos nacionales, y que, por otro lado, los fechamientos con residuos ra-

¹ Huntington, E. 1907. *The pulse of Asia*. Boston. Citado por Le Roy, 1990.

² Puede verse:
Florescano, E. 1969. Precios del maíz y crisis agrícolas en México. *El Colegio de México*, Serie 4, p. 129.

Florescano, E. (compilador y coordinador) 1980. *Estudio histórico de la sequía en México*. SARH.

Florescano, E., J. Sancho y Cervera, D. Pérez. 1980. Las sequías en México: historia, características y efectos. *Comercio Exterior*, Vol. 30 (7), p. 747-757.

³ Brooks, C.E.P. 1950. *Climate through the Ages*. Londres. p. 321. Citado por Le Roy, p. 29.

diactivos (carbono 14, p. e.) no son aplicables a unos cuantos cientos de años, por lo que la historia del clima en el último milenio no se podría elaborar a no ser por las fuentes de los historiadores: archivos parroquiales o de cabildos, libros y gráficas que no sean de ficción, etc., tal como procedió Florescano en las obras mencionadas. Sólo que la novedad metodológica de *Le Roy* consiste en que al cambiar la perspectiva de la historia del clima como parte de la historia del hombre a una historia física o de las condiciones naturales, resulta que importarán más las fechas de las cosechas (o del ciclo fenológico todo) en vez de su volumen; además de las representaciones iconográficas de los glaciares o de los cuerpos de agua, y del grosor de los anillos de los árboles (o de las vigas de las edificaciones de madera) donde la pluviosidad dejó su huella. Las primeras son herramientas de eso que algunos llaman paleoclimatología cultural o arqueología del clima; y el análisis de los anillos de los árboles fundamenta a la dendroclimatología.

Pues con esas herramientas y tales

enfoques, *Le Roy* reconstruye mil años de historia de los climas del centro de Europa, en un libro polémico y apasionante, en el que también comenta los últimos logros en la materia de climatólogos reconocidos mundialmente como Landsberg y Lamb.

Su principal contribución como historiador está en que hace uso de un conjunto de documentos que (p. 29) "...Si previamente se le hace objeto de una crítica y de un análisis cuantitativo, ... puede servir como fuente, como material, como *corpus* al historiador del clima; la condición, obviamente, es que todo sea llevado por él hacia la historia misma de los elementos aislados y discretos de la meteorología: por una parte temperaturas y por otra precipitaciones; secundariamente, cuando sea posible, viento y presiones, sol y nubosidad. Sólo así nuestro oficio —continúa *Le Roy*— podrá trascender la historia romántica del clima y alcanzar una historia científica, de modo similar a cómo se pasó, en otro terreno, de la alquimia a la química".

Adalberto Tejeda